

# EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *Costumbres del país*, Sofia Tartilán.—II. *El angel del sentimiento*, M. de Amieba.—III. *El chocolate*, Antonio Jimenez Verdejo.—IV. *Problema*, Antonio Rojo y Sojo.—V. *Tu llanto*, Rafael Quintana Medina.—VI. *En la rosa*, Antonio Pareja Serrada.—VII. *¡En tus brazos!*, José Ruiz Toro.—VIII. *¡Qué poco duran!*, Graciliano de Puga.—IX. *Indecision*, José J. Pajarero.—ANUNCIOS.

## LITERATURA.

### COSTUMBRES DEL PAIS.

Hé aquí un epígrafe que puede servir lo mismo para un artículo escrito en la sonora lengua de Cervantes, que en la de Homero. En chino, en hebreo, en griego, ó en sanscripto, puede escribirse la palabra *costumbres*. En todos los idiomas su significado será el mismo. Las costumbres son, sin duda alguna, la fisonomía moral y física de los pueblos: podrá haber pueblos sin artes, sin literatura, sin diplomacia, ni civilización: pueblos que desconozcan por completo todas las delicadezas de la sociedad culta, todos los refinamientos del lujo, todos los adelantos del progreso; pero no hay, de seguro, ninguno, por remota que sea la zona en que se encuentre situado, por grande, por supina que sea su ignorancia, por desconocidos que le sean los beneficios de la civilización, que no tenga estas dos cosas: *Religion y Costumbres*. No, no hay pueblo sin costumbres, como no hay, no puede haberle que no rinda culto á una idea religiosa, sea cual fuere su forma. Las costumbres forman parte de la vida moral y material de los pueblos, y ni la gran palanca del progreso, que ha removido las montañas y trastornado el mundo, ni el cosmopolitismo, cualidad que el hombre posee en alto grado, han podido borrar ese sello que distingue las razas, que dá á conocer á los pueblos, que hace recordar lo que las vicisitudes de la vida y de la fortuna, parecian haber alejado de la memoria, *las costumbres del país*.

A donde quiera que el hombre lleva su exis-

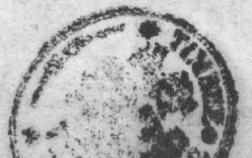
tencia, lleva tambien sus hábitos, y si los deja, no es seguramente sin un dolor punzante y amargo. El tiempo calma este dolor, llena este vacío, pero es solamente para cambiar su cadena y hacerse esclavo de las costumbres de el nuevo suelo que habita; y es que el hombre no puede vivir sin rendir culto á las costumbres.

El más rico filon que han explotado los escritores de viages de todos los tiempos, ha sido el de la descripción de las costumbres. Plinio el jóven, ya nos habla de las costumbres egipcias; y desde él hasta Alejandro Dumas, en diezinueve siglos, otros muchos escritores y turistas han hecho lo propio. Tesoros de poesia han gastado unos tras otros en estas descripciones y, sin embargo, aun no lo han dicho todo.

Las costumbres de un pueblo, aun del más salvaje, son siempre dignas de respeto, porque en ellos está encarnada su vida moral y material.

Bajo el punto de vista del interés narrativo, nada hay que cautive tanto, como una relacion bien hecha, en la que se pinten las costumbres de un país. La armonía imitativa, y la onomatopeya, desempeñan en este caso el principal papel; pero aunque el lenguaje fuera descuidado y tosco, no por eso el interés dejaría de existir, y es que todos hallamos un encanto especial al contacto de esa parte de la existencia íntima de los otros, porque nos recuerda la nuestra.

Muchas veces hemos visto consignados, y quizá tambien nosotros lo habremos dicho, «las costumbres se pierden.» El grito que, sin duda tenia algo de doloroso, nos lo ha hecho lanzar la vertiginosa rapidez con que estamos viendo desaparecer usos, costumbres, é instituciones que



parecían eternos. El progreso es quien ha realizado este prodigio, haciendo que desaparezcan las barreras con que la naturaleza misma había separado los pueblos; pero aun así, el grito es prematuro, la alarma infundada. Las costumbres no se pierden, no pueden perderse, porque como los *Vestales* conservaban el fuego sagrado en los templos gentílicos, el pueblo guarda en el santuario del hogar las costumbres de sus mayores, encarnadas en los juegos de la infancia, en el tosco lenguaje del vulgo, en el sencillo ornato de sus viviendas, en la administración de sus bienes, en sus regocijos públicos ó privados, en la manifestación de sus pesares; cuando entierran á sus muertos y casan á sus hijos. Las costumbres vivirán tanto como el mundo, y según hemos dicho al comenzar, no hay pueblo sin costumbres, como no hay pueblo sin religión, porque las dos cosas son una necesidad del espíritu.

La idea religiosa, sea cual fuere su forma, es una necesidad del espíritu, y esto solo bastaría para confundir á los que pretenden que el hombre no es más ni menos que un animal de una especie más perfecta que las otras; porque jamás se ha visto que ninguno de los animales por inteligentes que sean, le rindan culto á nada que se parezca á una religión. La idea religiosa, la necesidad de rendir culto á un ser superior, es innata en el espíritu humano, y ha sido allí colocada por la mano misma de Dios para llevar al hombre hacia El, hacia su perfeccionamiento. En todas las religiones por bárbaras que nos parezcan, en sus prácticas se halla siempre esa idea del mas allá que dice claramente que el espíritu no perece allí donde muere el cuerpo, donde la materia se descompone. Siempre vemos presidiendo á esa idea, la del premio ó el castigo futuro, según las obras, y siempre domina en toda religión el encanto que se desprende de la sublimidad de esta aspiración hacia lo infinito, hacia lo desconocido, en donde se presiente á Dios rodeado de todo su poder. La religión es la base de las costumbres; por lo tanto no puede existir, no existe pueblo alguno que no tenga religión y costumbres.

A medida que aquellas son mas sencillas, la idea religiosa está mas clara y precisa.

En donde las primeras son más refinadas y cultas, la segunda se mezcla menos en ellas, pero por regla general, siempre marcan unidas.

Si la idea religiosa es una necesidad del espíritu, las costumbres son una necesidad y una manifestación de la vida material, y por eso ni una ni otras podrán perderse ni dejar de existir. Allí donde quiera que haya una agrupación de seres humanos formando un pueblo, una sociedad, una tribu, ó una familia, allí se encontra-

rán la religión y las costumbres, formando una parte integrante de la familia, la tribu ó el pueblo.

La civilización, ya lo hemos dicho, con todos sus adelantos, con su cosmopolitismo, nada ha podido en contra de las costumbres, que se conservarán siempre en el rincón apartado de la aldea, en el caserío, en el cortijo, en la alquería, en el fondo del valle, y serán transmitidas de padres á hijos como un depósito sagrado. Las costumbres se modifican, pero no se pierden; como tampoco pueden confundirse por completo las de un pueblo con otro: el día que esto sucediera no habría ya costumbres, y el mundo presentaría otra escena parecida á la que presenciáran los hijos de Noé, cuando quisieron levantar la famosa torre de Babel. La confusión y el desorden serían el resultado de la desaparición de las costumbres, porque la verdadera fraternidad no puede estribar en esta desaparición, sino en el sentimiento de amor hacia nuestros semejantes, sin que por eso dejemos de respetar los usos y costumbres de todos.

Roma, ese pueblo conquistador, que fué un día dueño de casi todo el mundo, dió en este asunto la más alta prueba de sensatez: Cuando los Romanos sometían á un pueblo, lo primero que hacían era respetar sus costumbres, y de este modo, siendo Roma señora de tantos y tan diferentes países, dando la ley á tantos y tan apartados súbditos, recibiendo tributo y homenaje de tantos reyes convertidos en vasallos suyos, supo imponer sus leyes, hacer que se hablase su lengua, que se adorasen sus dioses, que se adoptaran sus juegos, sus fiestas cívicas, su moneda; sus magistrados, y hasta parte de sus costumbres precisamente, porque había respetado las de los otros.

Así pues, lo repetimos, las costumbres no se pierden. Cuando decimos tal cosa, decimos una vaciedad falta de sentido. Mientras haya pueblos habrá costumbres, y en todas las lenguas, vivas ó muertas, podrá escribirse con más ó menos acierto un artículo, que como el presente, lleve por epigrafe estas palabras:

*Costumbres del país.*

SOFÍA TARTILÁN.

## EL ANGEL DEL SENTIMIENTO.

Cuando recibimos una impresión que nos conmueve, ya sea por nosotros mismos, ya por nuestros semejantes; es sin duda que el Ángel del sentimiento tiende sus alas sobre nuestro corazón, y bajo su influjo experimentamos sensaciones consoladoras unidas á nuestro dolor. Este divino espíritu, al tocar con sus puras alas las fibras más delicadas del alma, arranca un eco armónico que endulza los pe-

sares, como el sonido de arpas melodiosas que, pulsadas por dedos invisibles, lograrían consolar y distraer al que sufre.

El Angel del sentimiento fué formado indudablemente del más encantador conjunto de poesía, pues reúne la sonrisa de la paz en sus labios y la nube de la melancolía en su frente.

El sentimiento es la vida del alma, mientras esta permanece sujeta a los lazos de la tierra; el sentimiento es una sublime creación que despierta a la criatura para que goce y para que sufra, apreciando así el valor de diferentes y encontradas impresiones: sin el sentimiento, ¿qué sería el mortal? un ser indiferente a todo y desgraciado, pues sin el dolor, no se apreciaría la alegría, y sin la lucha, no se comprenderían las ventajas de la paz.

Sentir es tener una seguridad de que vivimos y de que tenemos un alma; sin el sentimiento no amaríamos a Dios, ni a la naturaleza, que es un libro en el que está escrito su poder para que no dudemos jamás.

El sentimiento nos hace encontrar atractivos en las tinieblas de una noche borrascosa, por que todo nos habla del criador; y en la pura y rosada mañana de primavera, que ilumina un dorado sol.

El sentimiento hace conmover el corazón lo mismo al recuerdo de nombradas y heroicas acciones, que a la memoria de una pobre flor marchita por el estío ó tronchada por el huracán; y es que para el sentimiento, no hay pequenezes: no existen para él, pues todo lo sublima elevándolo a su altura.

¡Bendito seas mil veces, dulce sentimiento, que agitas el mar de la vida, que sin tí sería un lago de aguas estancadas, por que tu eres el que únicamente sabe rizar sus olas con tu aliento! ¡bendito seas!

Del mismo modo que los rayos del sol reflejan sobre la inmaculada blancura de la nieve, que a su grato contacto se derrite, así la fúlgida influencia del sentimiento hace derretir la fría nieve de la indiferencia.

Las lágrimas del sentimiento, son como el rocío de la aurora que refresca y embellece las flores. Dios conserve este espíritu entre nosotros, pues el día que volviese a su mansion, se llevaría cuanto de noble y hermoso abriga el ser humano; la mente quedaría en una triste oscuridad, y el corazón sentiría un vacío que, sumergiéndole en lánguido desmayo, no le permitiría tomar parte en nada.

Si el sol dejase de alumbrar a la tierra no habría alegría posible, pues el grandioso cuadro de la naturaleza no tendría colorido; y si el sentimiento, que es el sol del espíritu, batiese sus alas para volar al cielo, moriría la actividad moral que nos sostiene.

Imperecedero, como el curso de los tiempos, es el sentimiento; pasan, se oscurecen y hasta se borran las pasiones; la dicha y el dolor, todo tiene su fin; menos el sentimiento, que vive en el corazón mientras dura la palpitación; y que no se borra mientras la existencia dura, pues siendo parte de nuestro ser, ¿cómo nos había de abandonar? ¡imposible!

El Angel del sentimiento debió formarse de una lágrima de aquellas que, puras como brillantes, se deslizaban de los tristes y hermosos ojos de María

cuando angustiada gemía al pié de la cruz; lágrima que la helada soledad cristalizó; y que, al tender el Altísimo su compasiva mirada sobre ella, se convirtió en estrella clarísima, cuyas luces desprendían amor; esta estrella fué mirada con admiración por los querubines; un suspiro ténue como la brisa de serenas playas, se elevó del pecho de los pecadores, que contemplaban aquel astro, adorándole como se adora un imposible sin esperanza de obtenerlo nunca; mas Dios entonces quiso dar a los mortales un consuelo digno de su omnipotencia, y bastó su voluntad para que el astro fuese convertido en espíritu angelical, que, al impulso de la más santa obediencia, bajó a la tierra; y desde entonces, feliz el que siente, feliz el que sufre, feliz el que llora, pues la vida no es un árido desierto, porque brotan en el alma las fragantes flores de la virtud, que el Angel del sentimiento cultiva.

MARIA ANTONIA GONZALEZ AMIEBA.

## EL CHOCOLATE.

CRÍTICA GASTRONÓMICO-QUÍMICA, É HISTÓRICO-NOVELESCA.

A mi amigo D. José Ruiz Toro:

¡Ay Pepe de mi alma! no leas mi artículo si no quieres ponerte malo al recordar aquellos negrísimo días en que nos despertaba la cascada voz de doña Policarpa y el nauseabundo olor de *aquello* que nos traía para desayunarnos y que ella llamaba chocolate (!!!) He mandado a la botica por una arroba de limonada purgante para tomarla al terminar mi trabajo; y eso que hago gracia a mis lectores de ciertos detalles que por sí solos bastarían para echar a perder el estómago mas *empedernido*: te aconsejo, pues, que si no es suficiente la advertencia que te hago para que no me leas, te prepares lo mismo que yo. Vale. Tuyo

ANTONIO.

## PERSONAJES.

Una JÍCARA—verdinegra y no muy limpia; mayor de edad.

Un PLATO—roñoso, amarillo y convertido en mapa a fuerza de tanta grieta; y—

Yo—muchacho de veinte años, robusto, sanote y... etc (1)

La acción ocurre en Granada en la calle X, número « piso 4.º casa de huéspedes. Al descorrerse la cortina, aparece la habitación de un estudiante humildemente decorada; una cama, donde ronca tranquilamente el cuerpo de Yo; al lado de ella una mesa cuajada de libros y papeluchos, todo revuelto y desordenado; el plato tendido a la redonda sobre la mesa y encima de él, la jícara de patitas.

Yo... (*soñando*) Callad parlanchines, qué no me dejais dormir con vuestras habladerías.

JÍCARA. (a media voz al PLATO) ¿nos habrá oído?

(1) Aviso a las polluelas bonitas de quince a veinte abrilés.

¿qué hacemos? yo estoy decidida á confesárselo todo: no puedo consentir en ser por mas tiempo encubridora de tantas maldades; soy *frágil* y hablaré.

PLATO.. Y yo tambien, porque no puedo soportar más, el peso de tus secretos unido al de los míos.

JÍCARA. ¿Y cómo lo hacemos, hombre?

PLATO. ¿Qué cómo? hablándole, contándole del *pe á pa*, todo cuanto doña Policarpa (1) hace en presencia nuestra.

JÍCARA. Pero, chico, ¿te atreverás tú á decirselo todo?

PLATO.. Mujer, todo no sé si podré decirselo; mejor sería, que tú que tienes la suerte de llamarte *la*, quiero decir que eres *hembra*, se lo digas; de seguro te atenderá con más agrado que á mí; y no ha de pasar de hoy; no sabes qué pena siento al ver al pobre muchacho coger tu *bracito* con su mano derecha, mientras que con la izquierda sujeta un libraco, donde fija sus ávidas miradas, y sorberse de un golpe su ponzoñoso contenido, sin reparar en lo que traga: muchas veces he estado á punto de dar un grito y decirle «*detente desgraciado!*» pero cuando acudo á hacerlo, ya es tarde: todo ha pasado á su estómago: si no cubriera mi cara esta capa amarillenta, te juro que me verías ponerme más encarnado que una amapola, tal es mi ira y mi vergüenza.

(Mientras el anterior diálogo, Yo se ha despertado y ha estado escuchando).

Yo... (entre dientes) ¡Cosa mas original! hablan á mi lado, y no veo á nadie; y estaban ocupándose de mí sin duda: nada, ó estoy soñando ó aquí *andan espíritus*: escuchemos y veamos en qué para esto.

PLATO. Pues lo dicho, hermosa; tú te encargas de hablarle cuando estes entre sus dedos y contárselo todo.

JÍCARA. Todo! No me atrevo: le diré algo; le advertiré que esté sobre aviso, que observe, pero... referirle cuanto sé, no puedo; Dios sabe si esto daría lugar á un terrible cataclismo del que tú y yo no saldriamos muy bien librados; vamos á ver, ¿cómo quieres que le diga que esta mañana, mientras doña Policarpa preparaba la composicion de su famoso chocolate, el gato se llevó la manteca que ella le pone para suavizarlo (segun dice) y no teniendo otra echó mano á la que anoche le sobró de untarse las...

PLATO.. ¡Calla, que me pongo malo! no se lo digas; que no lo sepa, arrojaría tu contenido y á ti tambien.

Yo... ¡Demonio!

JÍCARA. ¡Ay! pues eso son flores y ayer cuando al ir á remover su filtro y no hallaba al molinillo ¿no viste de qué se sirvió en su lugar? ¿no reparaste de donde cortó aquel pedacito de caña? ¿recuerdas la que sirvió para desastacar el caño...

PLATO.. ¡Silencio, por Dios, que puede oirnos!

Yo.. (haciendo violentas contorsiones) ¡No puedo más! voy á matar á esa vieja infame; pero an-

(1) Mi patrona.

tes quiero escuchar su acusacion por estas voces misteriosas.

PLATO.. ¡Y yo, de alcurnia tan limpia, tan brillante; yo que en mis buenos años he ocupado un lugar en la mesa de opulentos magnates, he venido á parar á esta angustiosa situacion! ¡Oh tiempo lo que puedes! nada, me suicido, ¡que haya un cadáver mas, que importa al mundo!

JÍCARA. ¿Y yo, plato de mi alma, nacida en las pintorescas y alegres riberas de Valencia, educada para manos finas y delicadas, besada mil veces por los sonrosados labios de niñas bulliciosas y encantadoras; yo que he llevado en mi seno los más ricos y aromaticos cacao americanos, haber venido á parar al poder de esta asquerosa vieja y de su inmunda fregona, y verme destinada á sufrir el peso de este brebaje horrible que huele mal y sabe peor, en el que se echa la leche que sobró al gato y la manteca que sirvió para ..

Yo... (arriando un terrible puñetazo á la Jícara y el Plato que caen rodando al suelo y se hacen pedazos) ¡Miserables! ¡y habeis aguardado á este dia para darme á conocer los viles manejos de mi patrona! ¡cuando ya me he tragado tanta dosis de su receta! ¿os he roto? ¿y qué? ahora voy á hacer lo mismo con los huesos de esa maldita vieja: (*gritando*) ¡Doña Policarpaaaa!

En este momento me desperté, y ví con no poca sorpresa á mi pupilera con un plato en la mano y sobre él una jícara de la que salía un vaporcillo negro y un olor al que siempre habia llamado (metafóricamente, se entiende) olor de chocolate; dirigí mis ojos hácia el suelo y como no ví los restos del plato y la jícara que yo creia haber roto, me convencí de que todo habia sido un sueño; sin embargo presa aun mi imaginacion de este recuerdo, dije á doña Policarpa, sin darle tiempo para hablar, y con entonacion dramática.

—Señora, necesito la receta de eso que me trae V. ahí.—Abrió una boca descomunal, dejando ver dos dientes y medio, enclavados en sus encías y dejó escapar una carcajada diciéndome al mismo tiempo.

—¿Con que lo sabia usted? ¿quién se lo ha contado? ¡qué ocurrencia! Tome V. hombre.

Y dicho y hecho, con una sangre fria espantosa, metió una mano en su arrugado seno y sacó un papelito cuidadosamente doblado y me lo alargó para que lo tomase; un pensamiento horrible pasó por mi imaginacion al ver el cinismo de aquella criatura, que al ser descubierta en su asquerosa trama, se reia del modo más tranquilo del mundo; no sé como no me arrojé á su cuello y la estrangulé: pude contenerme, desdoblé el papel y me hallé con esto que traslado á mis lectores:

#### RECETA.

Con el zumo de un tomate,  
unas hojas de amapola  
almagra, azúcar y cola  
puede V. hacer chocolate,  
añadiéndole escayola.

Por muy grande que fuera mi enojo, no pude menos de reirme á carcajadas al ver un disparate

tan enorme en una quintilla; ella me hizo el duo con su *boca caverna* y cuando cesó de reir me dijo:

—¿Ha visto usted? tiene el Sr. Ruiz la buena de Dios; anoche para reirse de mí me escribió eso y me dijo que con todos esos *ingridentes* resultaría mejor chocolate que el que yo doy á ustedes. ¡Hábrase visto hombre mas pícaro! en fin, es poeta y... basta: conque, ea, niño, vamos, á levantarse que aquí tiene V. el chocolate: hoy le he puesto más leche y manteca; yo miro mucho por mis huéspedes, los quiero como á hijos y...

—Sí, todo lo se, le dije interrumpiéndola, pero hoy estoy algo malo y no quiero chocolate.

—¿Cómo que no? mire V. que tiene manteca y leche.

Todo mi sueño se desarrolló en un momento en mi memoria, sentía cosquilleos en el estómago y le dije:

—Sí, sí señora, pues precisamente por eso! lléveselo V., y desde mañana póngame café en su lugar todos los días; y añadí por lo bajo —para eso no tendrá receta.

Por último, lector, desde que tuve este sueño que acabo de referirte, juré no volver á tomar chocolate en ninguna casa de huéspedes, cumplo mi juramento y me vá perfectamente; haz tú lo mismo: adios.

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

## POESÍA.

### PROBLEMA.

Apenas he sufrido ni he gozado  
y ya el cansancio y la tristeza siento;  
y causa mi dolor y mi tormento,  
ver lo que otros mortales han pasado.

Se mueve el hombre en campo limitado  
sin hallar ni reposo ni contento;  
y hasta para ensanchar su pensamiento  
encuentra un algo mas que está vedado.

Cercad á un alacran de combustible  
y observad que el veneno en él emplea  
porque vé su derrota ineludible;

¿Qué debe hacer el hombre cuando vea  
que saltar ó romper le es imposible  
la valla de metal que le rodea?

ANTONIO ROJO Y SOJO.

### TU LLANTO.

¡Tienes celos y lloras!  
¿Que te he engañado, cruel?  
Tus quejas son injustas, mi cariño  
Tan solo tuyo es.

Dame á beber tu llanto.  
¿Que es amargo, mi bien?  
¡Yo lo encuentro tan dulce ¡ay! que temo  
Su fin llegar á ver!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

### EN LA ROSA.

Una rosa me diste, vida mia,

que de tu amor en prueba te pedí,  
y al colocar tu beso entre sus hojas  
tu imágen quedó allí.

A solas con mi amor y mi ventura  
mil y mil besos á la rosa dí:

¿sabes á quien besaba en su corola?  
pues te besaba á tí,  
que al aspirar su delicado aroma  
grata delicia en mi alma recibí,  
porque entre aquellas perfumadas hojas  
tu beso recogí.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

### ¡¡EN TUS BRAZOS!!

Por ascender del huracan en álas  
á la region empírea  
y surcar los espacios infinitos,  
despreciára del mundo las delicias.

Por habitar otro planeta, alegre,  
la mitad quizás diera de mi vida;  
mas por hallarme entre tus brazos, créelo,  
aún más que eso daría.

JOSÉ RUIZ TORO.

### ¡QUÉ POCO DURAN!

Al soplo que los vientos  
dan á los mares,  
blancas espumas, niña,  
saltan al aire;  
y apenas saltan,  
otro soplo del viento  
las desbarata.

Al soplo de la suerte  
nacen las dichas,  
pero apenas las vemos  
otro, las quita.  
Dichas y espumas  
¡qué pronto se deshacen!  
¡qué poco duran!

GRACILIANO DE PUGA.

### INDECISION.

Ora brilla una luz trémula y vaga  
Como incierto fulgor crepuscular;  
Ora, entre sombras hacinadas, flotan  
Presagios de siniestra tempestad.

Ora ondala el rumor de algun lamento,  
Débil suspiro de placer quizás;  
Ora el silencio de las tumbas reina,  
Ora el silbo feroz del vendaval.

El alma allí, con vacilante paso,  
De la esperanza al desaliento vá:  
¡Piedad, mujer!... Arráncame la duda...  
Mas, nó; ¡calla, por Dios, si he de llorar!!

JOSÉ JIMENEZ-PAJARERO.

**ANUNCIOS.****NO TIENEN RIVAL.**

DESDE 10 REALES SEMANALES.

MÁQUINAS GARANTIZADAS PARA COSER, «SINGER.»

Acaba de llegar á esta poblacion, un viajante de la compañía fabril «Singer,» con un buen surtido de sus muy acreditadas MÁQUINAS PARA COSER, y ofrece al público su domicilio en la Plaza Mayor, número 16.

Las venderá como gustéis, á plazos ó al contado. Mejores máquinas, ni mejores condiciones jamás las hallareis, acudid pronto á donde está á vuestra disposicion

**SINGER.**

REBAJA EL 10 POR 100 AL CONTADO.

**TALIS VITA. FINIS ITA.**

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una poblacion que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Véndese en esta librería al precio de 2 pesetas ejemplar.

**¡¡¡QUE GANGA!!!**

Para que no pueda competir ningun otro establecimiento con el depósito de MAQUINAS PARA COSER que hay en Ciudad-Rodrigo, calle de Talavera, núm. 1.º, de acuerdo con las fabricas, ofrece el representante los precios siguientes:

|                                     |         |
|-------------------------------------|---------|
| Primitiva «Singer» de mano. . . . . | 450 rs. |
| «Singer» de pie. . . . .            | 585 rs. |
| La misma perfeccionada. . . . .     | 740 rs. |
| La «Victoria» de mano. . . . .      | 440 rs. |
| «Canadense» idem. . . . .           | 320 rs. |

Para familias de pie, de id. para sastres y sombrereros, giratorias para zapateros y guarnicioneros.

Se dan á plazos, se garantizan y dan otras si los dueños no están conformes con las que comprenden.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 5 de Noviembre.

Trigo candeal, de 42 á 44 rs fanega.—Idem barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 28 á 30 id.—Cebada, de 27 á 29 id.—Algarrobas, de 20 á 22 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 3 á 4 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 18 rs. arroba.—De 2.º á 17 id.—De 3.º á 16 id.—De 4.º á 12 id.—Menudillo á 7 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN  
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptacion asombrosa, la verdadera y legitima

**TINTA UNIVERSAL,**  
(EN POLVO.)

**LIBROS DE TEXTO.**

En esta librería se hallan á la venta todos los correspondientes á las asignaturas que constituyen el bachillerato en artes, y han sido declarados tales por el claustro de profesores del colegio de San Cayetano.

tro tenía una expresión aviesa y bravia.

—*Eccomi, ecellenza*,—contestó Paolo, levantándose al ver á Rivera.—¿Se os ofrece algo? ya sabéis que soy vuestro en cuerpo y alma, ¡por vos me arrojaría de cabeza al Vesubio!

Rivera se sonrió; conocía la adhesión que le profesaba aquel hombre y estaba seguro de que hablaba con sinceridad.

—¿Quieres ganarte cien doblones?—le preguntó.

—Me ofendeis, *ecellenza*; cuando se trata de serviros, desprecio el dinero, quiero trabajar de valde. Vos me habeis sacado tres veces de entre las garras del verdugo, y no teneis necesidad de comprar lo que os pertenece.

—Bien, eso nada tiene que ver con el asunto de ahora, yo te hice un beneficio, tú me lo has agradecido, estamos en paz. Toma, guarda este dinero, por que si lo rehusáras, me enojaría y corre en seguida á averiguarme el paradero del *signor* Salvatore Rosa.

—Si no queréis más que eso, no necesito trabajar mucho, venid conmigo,—dijo Paolo, recogiendo el bolsillo que Rivera le alargaba.

—¿Como! ¿tú sabes donde se halla?

—En mi casa, *ecellenza*, á cien pasos de aqui.

—¿En tu casa ese miserable! ¿está solo? ¿le acompaña alguna persona?—y Rivera quedó pendiente de los labios del *lazzarone*.

—Solo, está solo. Esta mañana lo encontré en medio de la calle, pasado de parte á parte de una estocada; por caridad lo recoji y me lo llevé á mi casa.

—¡Ah!—exclamó el pintor, vislumbrando una nueva intriga en aquel suceso,—¡herido!

—¡Y de muerte!—contestó Paolo sin reparar en la emoción que se pintaba en el rostro de Rivera,—¡no doy por su vida un *quattrino*! ¡*Santa madonna*, y qué puños debe tener el que lo hirió!

—¡Oh, no perdamos tiempo!—exclamó el pintor, apretando el paso ante la idea de que se le escapase de las manos la venganza.

Paolo guió por entre un laberinto de callejuelas súcias y sombrías.—Aqui,—dijo por fin deteniéndose ante una casucha de miserable apariencia.

## XII.

Al cabo de una hora, Rivera salió de casa del pescador para dirigirse al palacio de la Vicaría. Tenía entrada franca en la cámara del virey y fué introducido sin dificultad.

—¡Hola!—le dijo el príncipe, mostrándose agradablemente sorprendido,—¿que os trae por aqui? ¿á qué debo el placer de que vengais á visitarme?

—Vengo á pedir os justicia,—contestó Rivera con tono altivo y rehusando estrechar la mano que aquel le tendía.

—¡A pedirme justicia! ¿quién os ha ofendido? ¿que ofensa os han hecho?

—¡Me han deshonrado, me han robado á mi hija María-Rosa!

—¿Qué decis? ¿os han robado á vuestra hija y en mitad del día!—exclamó el príncipe fingiendo la admiración más ingenua.

—No, no ha sido de día, ha sido anoche.

—Y nada me dijisteis esta mañana, cuando estuve en vuestra casa!

—Es que entonces no sabía quien era el ladrón,—dijo Rivera mirando de hito en hito á don Juan.

—¡Ah, es decir que ahora ya lo sabéis!—respondió éste bajando los ojos, por que no podía resistir aquella mirada.

—Si, lo sé.

—Y... ¿quien es?—preguntó el príncipe, en el colmo de la turbación.

—Es un traidor, que fingiéndome amistad, ha burlado mi buena fé, es un miserable á quien yo abrí mis brazos y presenté mi pecho desnudo, sin sospechar que me iba á dar una puñalada.

—¿Y qué vais á hacer?—preguntó el de Austria, sin atreverse á pedir el nombre de aquel á quien Rivera denostaba con tales insultos, por que temía que fuese el suyo.

—Quiero,—contestó el *Spagnoletto*,—que vos me ayudeis...

El bastardo respiró, como si se hubiera librado de un peso enorme que le abrumara.

—Que le obligueis á que se bata conmigo.

—Pero, caballero, creo que para eso no necesitais de mi ayuda. Si él no es un cobarde, se batirá con vos; provocadle y si no basta, escupidle, ponedle la mano en el rostro!

La saliva asomó á los lábios de Rivera, que dió un paso con los puños crispados.

—He oido decir,—prosiguió el de Austria, sin notarlo,—que vuestra hija estaba enamorada de un tal... Salvator Rosa. ¿Es quizá ese su raptor?

—¡Ah, miserable hipócrita!—gritó Rivera sin poderse contener más tiempo.

—Teneis razon, es infame,—contestó don Juan, creyendo que Rivera apostrofaba á Salvator, pero bien pronto le sacaron de su error estas palabras, pronunciadas con voz de trueno.

—¡Hablo con vos, entendedlo, si, por que vos sois el que ha robado mi honor.

—¿Estais loco?—tartamudeó desconcertado el príncipe.

—No estoy loco, don Juan, vos habeis robado á Maria-Rosa y asesinado á Salvator. Bien habeis dicho, «el que tal hizo, es un infame,» el que tal hizo, se batirá conmigo á no ser tambien un cobarde.

—¡Ira de Dios! no sé como me contengo,—balbuceó don Juan rojo de vergüenza,—salid de aqui ú os mando arrojar por un balcon á la calle.

—Os escusais, despues de haberme prometido que os bati-riais, ¿es decir que teneis miedo, que sois un cobarde cuyas ha-

brazo de don Juan,—¿acaso estais herido, señor?

A pesar de haber previsto la pregunta, el príncipe se turbó; —No;—respondió,—es un ligero rasguño, que anoche me hizo ese bergante de Acebedo. Ya lo conoceis, es el mejor esgrimidor del mundo. Tiene la mano muy dura y cuando tira, se olvida de que me está dando lecciones para acordarse sólo, de que tiene un contrario delante.

Rivera permaneció callado.

—¿No concluireis hoy ese cuadro? caballero,—dijo el príncipe con volubilidad, señalando al que estaba en el caballete. —Haced presentes mis respetos á los originales.

—Estoy descontento de esa cabeza,—contestó Rivera con acento sombrío; y sin dar gracias por el cumplimiento á don Juan, tomó un pincel y chafarineó el retrato de María-Rosa.

El príncipe necesitó volverse de espaldas, para ocultar la turbacion que el inesperado arranque de Rivera le causara.

—¿Qué haceis?—dijo luego que se serenó,—¡habeis borrado esa lindisima cabeza!

—Si,—balbuceó Rivera arrojando el pincel,—esa cabeza que os parece tan linda, es... detestable.

Y apenas salió don Juan del estudio, ciñose la espada, colgóse un pistolete á la cintura y tomando el castoreño, se dirigió á la Marina.

## XI.

Acercóse á un grupo de *lazzaroni* medio desnudos, que tendidos en el suelo, jugaban á la *morra*, sin hacer caso maldito del sol, cuyos abrasadores rayos caian á plomo sobre sus cabezas.

—¡Páolo!—dijo llamando á uno de ellos, cuyo tostado ros-